

CIUDAD Y DIVERSIDAD FUNCIONAL

Robert W. De Miguel

Estoy pensando en la ciudad y la diversidad funcional. Mi conclusión es que defender hoy la diversidad funcional es ser también partidario de la ciudad como un lugar ideal para vivir. Cuestiona la forma que se entiende la ciudad. Esto se debe a que la idea de la ciudad se transformado en los últimos años. Habitualmente lo urbano actual se define por los *big data* y un crecimiento enorme de información. Los datos urbanos que explican cómo funciona la ciudad, se incrementan por el uso de los aparatos móviles, y la utilización de las estadísticas para medir el entorno. Así la ciudad se caracteriza por ser un lugar con un gran número de conexiones entre las personas generando más datos. Para entender estas conexiones se utiliza la llamada inteligencia artificial. Además, la ciudad une estas conexiones y conforma redes. En su conjunto estas redes crean las *smart cities* (ciudades inteligentes) que son regidas por la globalización. Así lo estudia Saskia Sassen en su importante libro *The Global Cities*. Para garantizar su dinamismo y que puedan cambiar, se utiliza ahora el metaverso que construye un entorno digitalizado. Pero está alejado de la ciudad real y es poco humano.

También percibo que la tecnología impacta en la vida urbana. Pero la dependencia de la tecnología suele llevar a un estado de singularidad. Frente a este hecho la vida rural se percibe a menudo como un lugar ideal y bucólico para vivir las personas. Pero a mi parecer para personas con diversidad funcional el espacio rural no es lugar adecuado para vivir, como la dependencia de la tecnología. En el mundo rural las distancias y la movilidad son más grandes y los servicios están más lejos. La diversidad funcional pone en duda los asentamientos rurales contemporáneos, situando el factor humano y no tecnológico en la ciudad. La diversidad funcional innova creando alternativas urbanas.

Pero la diversidad funcional pone en duda la estabilidad de las realidades urbanas indicados por los datos urbanos. Se suele entender el análisis de los *big data* como algo fijo

y no variable. La diversidad funcional pone en evidencia este uso de los *big data* haciendo la ciudad adaptable y promoviendo la creatividad humana. Permite que cambien y a veces se crean nuevos datos urbanos. Las conexiones y la movilidad tampoco definen a la ciudad. La manera de moverse y de la relacionarse en la ciudad cambia por la diversidad funcional. Esto hace que las conexiones sean plásticas y flexibles. La movilidad entonces en la ciudad es flexible a las emergencias y los cambios.

La diversidad funcional nos obliga a plantear la construcción de una ciudad en que su población sea más feliz. La flexibilidad de las personas y la adaptabilidad de las redes urbanas permite alejarnos de los ordenadores y de las *smart cities*. La felicidad como la empatía no se puede computar. La diversidad funcional crea una multiplicidad de redes urbanas que permite la convivencia de manera híbrida donde en la ciudad puedan convivir todo tipo de personas según sus necesidades vitales. La diversidad funcional favorece una ciudad híbrida, que suele ser más humana y feliz. Pero estas redes son dinámicas. La diversidad funcional define una ciudad como más humana, incluyendo cambios y errores. No se suele empezar con una tabula rasa. Los errores son temporales y asumibles en el conjunto de la ciudad. La diversidad funcional acepta imperfecciones y declara la rehabilitación —no el metaverso— como la manera de generar cambios positivos en la ciudad.
